

nual; sus ideas se acercan á veces al materialismo, pero el temor á la Iglesia le impidió profundizar la mayor parte de las cuestiones filosóficas; según la variante inexacta que escribe *continuidad* en vez de *finalidad*, Melanchthon decía que el alma es permanente; sobre esta variante se apoyaba principalmente la opinión que atribuía á Aristóteles la afirmación de la inmortalidad del alma; Amerbach, profesor de Wittenberg, que escribió una psicología rigurosamente aristotélica, tuvo con Melanchthon, á propósito de esta variante, una polémica tan viva que algún tiempo después abandonó á Wittenberg y entró en el seno del catolicismo.

Una tercer obra, relativa á la psicología, apareció poco después de esta época: la del español Luis Vives. Se debe considerar á Vives como el más grande reformador de la filosofía de su época y como un precursor de Bacon y Descartes; su vida entera fué un combate incansable y victorioso contra la escolástica: «Los verdaderos discípulos de Aristóteles, decía, deben dejar á éste á un lado y consultar á la naturaleza misma como hicieron los antiguos; para conocer la naturaleza no se debe unirse á una tradición ciega ni á sutiles hipótesis, hay que estudiarla directamente por medio de la experimentación.» A pesar de esta notable intuición de los verdaderos principios del estudio de la naturaleza, Vives, en su psicología, trata pocas veces de la vida, y, cuando lo hace, es para exponer sus propias observaciones ó las de otros; en el capítulo de la inmortalidad del alma se ve al retórico más que al filósofo, y, según un método hoy en boga todavía, se imagina, con los argumentos más superficiales, haber conseguido una victoria decisiva; no obstante, Vives era una de las inteligencias más luminosas de su tiempo, y su psicología, principalmente lo que se refiere á las pasiones, es rica en observaciones sagaces y en rasgos ingeniosos.

El respetable naturalista de Zurich, Conrado Gessner,

escribió también por esta época una psicología tan interesante por el fondo como por la forma; después de un resumen muy conciso, en forma de índice, de todas las opiniones posibles emitidas acerca de la naturaleza del alma, el autor llega, por una transición brusca, al minucioso relato de la teoría de los sentidos, donde se halla en su terreno y se complace en hacer disertaciones fisiológicas que tienen partes muy profundas; pero se experimenta una impresión extraña cuando, en la primera parte de este opúsculo se ve el espantoso caos de ideas y opiniones relativas al alma: «algunos, dice Gessner con una placidez inalterable, pretenden que el alma no existe y otros hacen de ella una substancia». En todas partes se ve quebrantada la antigua tradición aristotélica, nuevas opiniones y numerosas dudas; probablemente la literatura no es más que un pálido reflejo del movimiento de las inteligencias; pero bien pronto la psicología, á partir de fines del siglo xvi, fué rehecha un increíble número de veces y, á la fermentación del período de transición, sucedió una escolástica dogmática que tenía por principal objeto adaptarse á las enseñanzas de la teología; y aun cuando la teología era la única dominadora del terreno psicológico, y luchas furiosas ahogaban la voz tranquila de la razón, estudios serios consagrados á la naturaleza exterior echaban en silencio las bases inquebrantables de una concepción del mundo completamente modificada.

En 1543, Nicolás Copérnico, de Thorn, dedicaba al Papa un libro acerca de las *Revoluciones de los cuerpos celestes*, y se cuenta que el venerable sabio recibió en los últimos días de su vida el primer ejemplar de su gran obra y en seguida abandonó el mundo con tranquilidad y satisfacción. Esto, que en la actualidad el más ínfimo estudiante sabe como un papagayo: que la tierra gira sobre sí misma y alrededor del sol, era entonces una verdad novísima, á pesar de algunos precursores de Copérnico, diametralmente opuesta á la opinión general;

lo que protegió hasta cierto punto la teoría de Copérnico contra los ataques de la multitud conservadora y contra el fanatismo de los clérigos, fué la forma esencialmente científica y la argumentación irresistible de la obra, en la cual el canónigo de Frauenbourg había trabajado durante treinta años con una constancia admirable; es un espectáculo sublime ver á un hombre que, poseído de una idea destinada á conmover el mundo, se retira voluntariamente de toda sociedad y trato humanos á la edad en que todavía se siente la fuerza creadora del genio, para consagrar su existencia al estudio profundo de esa misma idea, de cuyo poder se tiene conciencia; de ahí el entusiasmo de los primeros discípulos (poco numerosos primero), el asombro de los pedantes y la reserva de la Iglesia.

En estas circunstancias, la publicación del libro de Copérnico era audaz; así el profesor Osiander, á quien se le entregó, le hizo preceder, al uso del tiempo, de un prólogo en el que presenta como una hipótesis el conjunto de la nueva teoría; á Copérnico no le agradó este disfraz; Keplero, animado por una valerosa libertad de pensamiento, llamó á Copérnico hombre de espíritu independiente, y sólo tal hombre, en realidad, pudo dar cima á trabajo tan gigantesco (31). «La tierra se mueve», tal fué bien pronto la tesis que puso una barrera entre la fe y la ciencia, entre la infalibilidad de la razón y la arraigada ceguera de las tradiciones; y cuando, después de una lucha de muchos siglos, se vió forzada á conceder esta victoria á la ciencia, la victoria tuvo un inmenso alcance, pues se diría, y diría bien, que por un milagro la ciencia había realmente puesto en movimiento á la tierra hasta entonces inmóvil.

Uno de los primeros y más decididos partidarios del nuevo sistema del mundo, Jordano Bruno, era verdaderamente un filósofo y, aunque en el fondo su doctrina en conjunto puede considerarse como panteísta, tiene, no

obstante, relaciones tan numerosas con el materialismo que no podemos evadirnos al detallado examen de sus teorías. Mientras Copérnico estaba ligado á las tradiciones pitagóricas (32) (la Congregación del Índice declaró más tarde que su doctrina era puramente pitagórica), Bruno tomó á Lucrecio por modelo, adoptó muy felizmente la antigua teoría epicúrea de la pluralidad de mundos y, combinándola con el sistema de Copérnico, enseñó que todas las estrellas fijas son soles dispersos en número infinito al través del espacio, teniendo satélites como nuestro sol tiene por satélite á la tierra ó la tierra á la luna; he aquí una teoría que comparada con la antigua concepción del mundo limitado tiene una importancia casi igual á la teoría del movimiento de la tierra. «La infinita variedad de las formas, dice Bruno, bajo las cuales se nos aparece la materia, no las toma de otro sér ni las recibe de fuera, sino que las saca de sí misma y las hace salir de su propio seno; la materia no es *prope nihil* á que ciertos filósofos han querido reducirla poniéndose en contradicción consigo mismos, no es una potencia desnuda, vacía, sin eficacia, sin perfección y sin acción; si por sí misma no tiene forma, no está privada de ella como el hielo está privado de calor y el abismo de luz; parece más bien parturienta que por sus esfuerzos convulsivos arroja al niño fuera de su vientre; también Aristóteles y sus sucesores hacen nacer las formas de la potencia interna de la materia más bien que de un poder exterior, pero en vez de considerar este poder activo en el desarrollo interno de la forma, no han querido, por lo general, reconocer este poder más que en la realidad ya desarrollada, aunque la manifestación completa, sensible y expresa de una cosa no sea la causa principal de su existencia, sino sólo una consecuencia y un efecto de esa existencia misma; la naturaleza no produce sus obras como la industria humana, suprimiendo y ensamblando unas piezas con otras, sino desarrollando y separando; así lo enseñaron los

sabios de Grecia, y, cuando Moisés describe el nacimiento de las cosas, hace hablar de este modo al ser activo y universal: «que la tierra produzca animales vivos, que el agua produzca seres vivos», que es como si dijese que la materia los produzca, porque en Moisés la principal materia de las cosas es el agua; también dice que la inteligencia activa y organizadora, que llama espíritu, flotaba sobre las aguas y la creación fué por el poder productor que aquél la comunicó. Todo, pues, nace, no por agregación de partes, sino por separación y desarrollo; así, la materia no existe sin las formas, antes por el contrario, las constituye todas y, desarrollando lo que lleva velado en sí misma, es en realidad la naturaleza entera madre de cuanto vive».

Si comparamos esta definición de la materia, que Carrière considera como uno de los más grandes acontecimientos de la historia de la filosofía, con la de Aristóteles, hallaremos esta diferencia importante, y es que para Bruno la materia es, no posible sino pasiva y activa; también Aristóteles enseñaba que en los objetos la forma y la materia están indisolublemente unidas, pero como no veía en la materia más que la simple posibilidad de llegar á ser todo cuanto la forma hiciese de ella, resultaba que la forma sólo era la realidad verdadera; Bruno toma la dirección inversa y hace de la materia la verdadera esencia de las cosas, siendo la que produce todas las formas; esta aserción es materialista, y tendríamos perfecto derecho para incluir á Bruno entre los partidarios del materialismo si en otros puntos importantes de su sistema no volviese al panteísmo; por lo demás, el panteísmo no es, en resumidas cuentas, más que una variedad del sistema monista; el materialismo que define á Dios como la totalidad de la materia animada por sí misma, se hace también panteísmo sin renunciar á su principio materialista; pero, dirigiendo su espíritu hacia Dios y hacia las cosas divinas, se llega á esta natural

consecuencia que pierde de vista el punto de partida; y cuanto más se ahonda en el estudio de dicha cuestión, más se concibe que el alma del universo no se produce necesariamente por la materia misma, sino que el alma universal es el principio creador anterior á todo lo demás, por lo menos en idea; en este sentido fué como Bruno concibió su teología; la Biblia, decía, ha sido escrita para el pueblo, y por consecuencia han tenido que adaptar al alcance de su inteligencia las explicaciones que da de la naturaleza sin que nadie haya creído en ellas (33); el estilo de Bruno tiene una poesía que anima y embellece todas sus obras, escritas unas en latín y otras en italiano, y su espíritu soñador se complace en extraviarse en las obscuras profundidades del misticismo; pero, en su entusiasmo é independencia, sabe también á veces expresar sus opiniones con perfecta claridad.

Bruno ingresó primero en la orden de los dominicos para consagrarse con más espacio á sus estudios favoritos; pero habiéndose hecho sospechoso de herejía, se vió precisado á huir y desde entonces su vida fué un largo encadenamiento de hostilidades y persecuciones; residió sucesivamente en Ginebra, París, Inglaterra, Alemania y, al fin, por una fatal resolución, se determinó á volver á su patria donde cayó en manos de la Inquisición de Venecia el año 1592; después de muchos años de prisión, como siguiera inquebrantable en sus ideas, fué condenado en Roma y, degradado y excomulgado, se le entregó como herético al brazo secular con la recomendación de «castigarle tan dulcemente como fué posible y sin efusión de sangre»; esta recomendación significaba que se le quemase vivo; cuando le leyeron la sentencia exclamó: «Más temor habéis sentido vosotros leyéndome esa sentencia que yo escuchándola»; fué quemado en Campofiori, Roma, el 17 de Febrero de 1600; sus doctrinas tuvieron una influencia considerable en el desenvolvimiento ulterior de la filosofía; pero fueron eclipsadas por las de Descartes y Bacon,

y Jordano Bruno cayó en el olvido como tantos otros grandes hombres que señalaron el período de transición.

La primera mitad del siglo XVII tuvo el privilegio de cosechar, en el dominio de la filosofía, los frutos maduros de la gran revolución emancipadora con la cual el Renacimiento había sucesivamente fecundado los diversos terrenos cultivados por la inteligencia humana; Bacon apareció en los primeros años de este siglo, Descartes hacia la mitad y, este último tuvo por contemporáneos á Gassendi y Hobbes, á quienes podemos considerar como los verdaderos renovadores de una concepción materialista del mundo; pero los dos célebres «restauradores de la filosofía», como se acostumbra á llamar á Bacon y Descartes, tienen también estrechas y muy notables relaciones con el materialismo; sobre todo en Bacon, particularmente después de observaciones profundas, sería tan difícil indicar con precisión en qué puntos difiere de los materialistas como señalar aquellos en que se acerca á su mismo punto de vista. Entre todos los sistemas filosóficos, el de Demócrito es el que obtuvo la preferencia de Bacon; elogia á aquél y á sus discípulos por haber penetrado mucho antes que ninguna otra escuela en los secretos de la naturaleza: «el estudio de la materia en sus variadas transformaciones, dice, es más fructuoso que la abstracción; no se puede casi explicar la naturaleza sin la hipótesis de los átomos; la naturaleza, ¿tiene fines? Esto es lo que no es posible establecer positivamente; en todo caso el observador sólo debe atenerse á las causas eficientes.» Ya sabemos que en el desarrollo de la filosofía hay dos escuelas diferentes que vuelven á aparecer con Bacon y Descartes: la una se extiende de Descartes á Espinosa, Leibniz, Kant, Fichte, Schelling y Hegel; la otra va de Bacon á Hobbes, Locke y á los materialistas franceses del siglo XVIII; á esta última serie es á la que debemos enlazar indirectamente el materialismo contemporáneo.

Por un efecto del azar la palabra materialismo no apareció hasta el siglo XVIII; el pensamiento dominante de este sistema emana de Bacon, y si no designamos á este filósofo como el verdadero restaurador del materialismo es porque concentró toda su atención en el método y se expresó con ambigüedad y circunspección en los puntos más importantes; la ignorancia científica de Bacon, en quien hay tanta superstición como vanidad (34), no se ajusta en el fondo ni más ni menos con el materialismo que con la mayor parte de los otros sistemas; permítansenos sólo algunas reflexiones acerca del frecuente uso que Bacon hace de los espíritus (*spiritus*) en su explicación de la naturaleza; aquí Bacon se apoya en la tradición, pero añade á ella un argumento original que hace poco honor al «restaurador de las ciencias». Los «genios» de toda especie desempeñan un gran papel en la cosmología y en la fisiología de los platónicos y de los escolásticos, y, aun entre los árabes, los genios de los astros gobiernan el mundo por el camino místico de las simpatías y antipatías, de común acuerdo con los genios que residen en las cosas terrestres; pero donde la teoría de los «espíritus» reviste una forma científica es, sobre todo, en la psicología y en la fisiología, pudiendo seguirse su influencia hasta nuestros días (por ejemplo, en la doctrina de los «espíritus vitales» dormidos, despiertos ó irascibles).

La teoría de Galeno acerca del espíritu psíquico y animal, unida á la teoría de los cuatro humores y de los temperamentos, se fundió en seguida en la Edad Media con la psicología de Aristóteles; según esta teoría, que Melanchthon reproduce también con todos los detalles en su psicología, los cuatro humores fundamentales se elaboran primero en el estómago, luego en el hígado (segundo proceso orgánico): el humor más noble, la sangre, por una tercera elaboración que se efectúa en el corazón, se hace *espíritu vital* y, al fin, refinado en las cavidades cerebrales (cuarto y último proceso), se convierte en